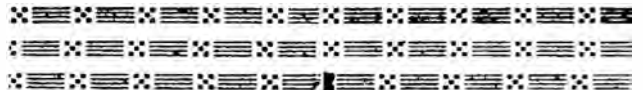


4 1

Aurelio Arturo

EDICIONES DE UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA



INTRODUCCION:

Por Iván Piedrahíta

Aún para el más agudo e informado crítico de la nueva poesía colombiana, resulta casi aventurado formular conceptos mas o menos ciertos sobre el maravilloso orbe poético que forma la inalcanzada obra de Aurelio Arturo. Súmense a la esplendente y difícil maravilla sustancial y formal de esa poesía, el obsesivo alejamiento de la publicidad que sobre sus versos ha sostenido Arturo, de tal suerte que sólo una minoría afortunada de sus amigos conoce los secretos y detalles de su obra. Apenas sí, de cuando en vez, nos hemos encontrado con el universo poético de Arturo en los suplementos literarios, en las revistas de cultura y en antologías intimistas, y siempre de su conocimiento ha brotado el milagro, el deslumbramiento, la adivinación de la auténtica poesía. Poesía ésta de Arturo, sin adjetivos manidos para calificarla, a cuyos territorios váis a entrar lectores. Poesía porque sí, desde la raíz del hombre, a través de las ramas de la sangre, hecha miel en la sazón de la fruta, y disparada por fin hacia lo intemporal.

Deliberadamente queremos abstenernos, en esta simple presentación de la poesía de Arturo que escribimos para la Revista de la Universidad Pontificia Bolivariana, de incurrir en situarlo en determinado movimiento poético, de unirlo impúnemente a ésta o esotra escuela y círculo de marras de la nueva poesía colombiana. Nuestra verdad crítica, por una parte, y la personalidad poética de Arturo, nos impide tomar partido en la pueril y estólida feria de esos alinderamientos. Mas aún, ni incurrimos, como es desventurada usanza, en delimitaciones generacionales: que cada generación debe dar su mensaje; y cada poeta, el suyo. De donde resulta vano el ejercicio de generalizar alabando o circunscribir denigrando.

La fuerte originalidad del cántico de Aurelio Arturo dentro del abigarrado bosque poético colombiano, lo presenta como una figura insular de la poesía colombiana de todos los tiempos, en su órbita. Y así como se puede hablar del acento de Valencia, de Barba, de De Greiff, de Silva, así también creemos se pueda proclamar el acento poético de Aurelio Arturo. Es una poesía de una elemental claridad temática, envuelta en los mejores y más selectos materiales formales que el pensamiento literario haya encontrado en el bucear de la experiencia y de la creación intelectuales. Aurelio Arturo —su poesía— es de América, de un mundo nuevo, alboreante, grávido de promesas, lanzado hacia las cosechas del porvenir. En la poesía de Arturo se está en presencia de la fuerza germinal de los grandes ríos, de

los apretados bosques, de los impetuosos vientos de América; a través de sus versos viven nuestros hombres del campo; y nuestros antepasados hablan proféticamente:

*“Mas los que no volvieron viven más hondamente,
los muertos viven en nuestras canciones”.*

Es el descubrimiento de nuestro continente, ah Walt Whitman y los nuevos poetas norteamericanos olorosos a tierra y a pueblo, a libertad y a futuro! Creemos en verdad encontrar esa misma vena subterránea, profunda y fértil, que existe en esa poesía de Norteamérica, en mucha extensión de la poesía de Arturo en conjunción magnífica con un desolado clima romántico, del más fino y linajudo neorromanticismo de este siglo, que a su vez descende de los grandes románticos alemanes, españoles e ingleses, como lo apunta sagazmente Pedro Salinas al enjuiciar el hálito lírico que emerge de cierta nueva poesía española de este siglo. Y este aserto último respecto a la nostálgica, honda y meditativa poética de Arturo, tiene su razón, entre otras, en las grandes aventuras del conocimiento que ha hecho el poeta por las pistas de esa poesía.

Poesía, pues, y finalmente, ésta de Aurelio Arturo, que es la clara verdad del hombre que descifra los enigmas de la tierra, la sangre y el sueño en un deslumbrante idioma denso de valores estéticos y humanos.

TIERRAS DE NADIE

Oid el canto dulce de las tierras de nadie.

Tanta belleza es cierta, viva, sensual, sencilla;
no obstante todo aquí habla de otras tierras más dulces,
todo es aquí presencias y hablas de maravilla.

Dispútanse las hojas cada cual susurrando
tener un más hermoso país ignoto y verde,
y las nubes, se dicen, sedosas resbalando:
aún más bello y dulce otro país existe.

Y unas aguas oscuras que casi no se escuchan
pretenden que su vago país aún más dichoso
es, que los ilusorios países de la nube.
¡Oh presencias aquí de arrulladas orillas!

De noche, las estrellas murmuran: sombs hojas
de celestes follajes, y en acordados ritmos
cada hoja se mece al son de alguna estrella,
en estos cielos vivos de las tierras de nadie.

En estos cielos vivos de las tierras de nadie
hay tanto vuelo ágil, tanta pluma irisada,
que es como si los pájaros fueran aquí más libres,
que es como si esta tierra fuera tierra de aves.

Cielos abandonados a las nubes y al vuelo,
melodiosos de alas que en el trino las abren,
y a las algarabías vegetales que llaman
las lentas nubes blancas de las tierras de nadie.

Tierras, tierras de nadie, oh tierras sin caminos
que aún no oís el ritmo de la humana tonada,
la dulce y suave y honda tonada de las bocas
rojas, la flecha leve que ató toda distancia.

CLIMA

Este verde poema, hoja por hoja,
lo mece un viento fértil, suroeste;
este poema es un país que sueña,
nube de luz y brisa de hojas verdes.

Tumbos de agua, piedras, nubes, hojas
y un soplo ágil en todo, son el canto.
Palmas había, palmas y las brisas
y una luz como espadas por el ámbito.

El viento fiel que mece mi poema,
el viento fiel que la canción impele,
hojas meció, nubes meció, contento
de mecer nubes blancas y hojas verdes.

Yo soy la voz que al viento dio canciones
puras en el oeste, de mis nubes;
mi corazón en toda palma, roto
dátil, unió los horizontes múltiples.

Y en mi país apacentando nubes,
puse en el sur mi corazón, y al norte,
cual dos aves rapaces, persiguieron
mis ojos el rebaño de horizontes.

La vida es bella, dura mano, dedos
tímidos al formar el frágil vaso
de tu canción, lo colmes de tu gozo
o de escondidas mieles de tu llanto.

Este verde poema, hoja por hoja,
lo mece un viento fértil, un esbelto
viento que amó del sur hierbas y cielos;
este poema es el país del viento.

Bajo un cielo de espadas, tierra oscura,
árboles verdes, verde algarabía
de las hojas menudas, y el moroso
viento mueve las hojas y los días.

Dance el viento y las verdes lontananzas
me llamen con recónditos rumores:
dócil mujer, de miel henchido el seno,
amó bajo las palmas mis canciones.

RAPSODIA DE SAULO

Trabajar era bueno en el sur, cortar los árboles,
hacer canoas de los troncos.

Ir por los ríos en el sur, decir canciones,
era bueno. Trabajar entre ricas maderas.

(Un hombre de la riba, unas manos hábiles,
un hombre de ágiles remos por el río opulento,
me habló de las maderas balsámicas, de sus efluvios...
un hombre viejo en el sur, contando historias).

Trabajar era bueno. Sobre troncos
la vida, sobre espuma, cantando las crecientes.
Trabajar un pretexto para no irse del río,
para ser también el río, el rumor de la orilla.

Juan Gáñez, Julio Balcázar, los Ulloas,
tantos que allí se esforzaban entre los días.

Trajimos, sin pensarlo, en el habla los valles,
los ríos, su resbalante rumor abriendo noches,
un silencio que picotea los verdes paisajes,
un silencio cruzado por un ave delgada como hoja.

Más los que no volvieron viven más bellamente,
los muertos viven en nuestras canciones.

Trabajar... Ese río me baña el corazón.
En el sur... vi rebaños de nubes y mujeres más leves
que esa brisa que mece la siesta de los árboles.
Pude ver, os lo juro, era en el bello sur.

Grata fue la rudeza. Mas las blancas aldeas,
tenían tan suaves brisas: pueblecillos de río,
en sus umbrales las mujeres sabían sonreír y dar un beso.
Grata fue la rudeza y ese hábito de hombría y de resinas.

Me llena el corazón la luz de un suave rostro
y un hombre que en la ruta cayó como una rosa.

Aldea, paloma de mi hombro, yo que silbé por los caminos,
yo que canté —un hombre rudo— buscaré tus helechos,
acariciaré tu trenza oscura —un hombre bronco—,
tus perros lamerán otra vez mis manos toscas.

Yo que canté por los caminos, un hombre de la riba,
un hombre de ligeras canoas por los ríos salvajes.

MORADA AL SUR

I

En las noches mestizas que subían de la hierba,
jóvenes caballos, sombras curvas, brillantes,
estremecían la tierra con su casco de bronce.
Negras estrellas sonreían en la sombra su diente de oro.

Después, de entre grandes hojas, salía lento el mundo.
La ancha tierra siempre cubierta con pieles de soles.
(Reyes habían ardido, reinas blancas, blandas,
sepultadas dentro de árboles gemían aún en la espesura).

Miraban el paisaje, sus ojos verdes, cándidos.
Una vaca sola, llena de grandes manchas,
revolcada en la noche de luna, cuando la luna sesga,
es como el pájaro toche en la rama, "llamita", "manzana de miel".

El agua límpida, de vastos cielos, doméstica, se arrulla.
Pero ya en la represa, salta la bella fuerza,
con majestad de vacada que rebasa los pastales.
Y una ala verde, tímida, levanta toda la llanura.

El viento viene, viene vestido de follajes,
y se detiene y duda ante las puertas grandes,
abiertas a las salas, o los patios y las trojes.
¡Oh casa resonante, en tu portal duerme un relámpago!

Al medio día la luz fluye de esa naranja,
en el centro del patio que barrieron los criados.
(El más viejo de ellos en el suelo sentado,
su sueño, mosca zumbante sobre su frente lenta).

No todo era rudeza, un áureo hilo de ensueño
se enredaba a la pulpa de mis encantamientos.
Y si al norte el viejo bosque tiene un tic-tac profundo,
del sur el curvo viento trae franjas de aroma.

(Yo miro las montañas. Sobre los largos muslos
de la nodriza, el sueño me alarga los cabellos).

Y aquí principia, en este torso de árbol,
en este umbral pulido por tantos pasos muertos,
la casa grande entre sus frescos ramos.
En sus rincones ángeles de sombra y de secreto.

En esas cámaras yo ví la faz de la luz pura.
Pero cuando las sombras las poblaban de musgos,
en esas cámaras rumorosas, me ponía en las manos,
sus lunas más hermosas la noche de las fábulas.

II

Entre años, entre árboles, circuída
por un vuelo de pájaros, guirnalda cuidadosa,
casa grande, blanco muro, piedra y ricas maderas,
a la orilla de este verde tumbo, de este oleaje poderoso.

En el umbral del roble demoraba,
hacia ya mucho tiempo, mucho tiempo marchito,
el alto grupo de hombres entre sombras oblicuas,
demoraba entre el humo lento alumbrado de remembranzas.

(Oh voces manchadas del tenaz paisaje,
llenas del ruido de tan hermosos caballos
que galopan bajo asombrosas ramas).

Yo subí a las montañas, también hechas de sueños,
yo subí, yo subí a las montañas donde un grito
persiste entre las alas de palomas salvajes:

te hablo de días circuídos por los más finos árboles;
te hablo de las vastas noches alumbradas
por una estrella de menta que enciende toda sangre;

te hablo de la sangre que canta como una gota solitaria,
que cae eternamente en la sombra, encendida;

te hablo de un bosque extasiado que existe
sólo para el oído y que en el fondo de la noche pulsa
violas, arpas, laúdes y lluvias sempiternas;

te hablo también: entre maderas, entre resinas,
entre millares de hojas inquietas, de una sola hoja,
pequeña mancha verde, de lozanía, de gracia,
hoja sola en que vibran los vientos que corrieron
por los bellos países donde el verde es de todos los colores,
los vientos que cantaron por los países de Colombia;

te hablo de noches dulces, junto a las aguas, junto a los cielos,
que tiemblan temerosos entre alas azules;

te hablo de una voz que es brisa constante
en mi canción, moviendo toda palabra mía,
como ese aliento que toda hoja mueve en el sur, tan dulcemente:
toda hoja, noche y día, suavemente en el sur.

III

En el umbral de roble demoraba,
hacía ya mucho tiempo, mucho tiempo marchito,
un viento ya sin fuerzas, un viento remansado,
que repetía una yerba antigua, hasta el cansancio.

Y yo volvía, volvía por los largos recintos
que tardara quince años en recorrer, volvía.

Y hacia la mitad de mi canto me detuve, temblando,
temblando, temeroso, con un pie en una cámara
hechizada, y el otro, a la orilla del valle
donde hierve la noche estrellada, la noche
que arde vorazmente en una llama tácita.

A la mitad del camino de mi canto temblando,
me detuve, y no tiembla entre sus rotas alas,
con tanta angustia un ave que agoniza, cual pudo,
mi corazón luchando entre cielos voraces.

IV

Duerme ahora en la cámara la lanza rota en las batallas.
Manos de cera vuelan junto a tu frente donde murmuran
las abejas doradas de la fiebre, duerme, duerme.

El río sube por los arbustos, por las lianas, se acerca,
y su voz es tan vasta y su voz es tan llena.

Y le dices, le dices: ¿Eres mi padre? Llenas el mundo
de tu aliento saludable, llenas la atmósfera.

—Yo soy tan solo el río de los mantos suntuosos.

Duerme quince años fulgentes, la noche ya ha cosido
suavemente tus párpados, como dos hojas más, a su follaje negro.

No eran jardines, no eran atmósferas delirantes.
Tú te acuerdas,
de esa tierra protegida por una ala perpetua de palomas.
Tantas, tantas mujeres bellas, fuertes. No. No eran
brisas visibles, no eran aromas palpables, la luz que venía
con tan cambiantes trajes, entre linos, entre rosas ardientes.
¿Era tu dulce tierra cantando, tu carne milagrosa, tu sangre?

Todos los cedros callan, todos los robles callan.
Y junto al árbol rojo donde el cielo se posa,
hay un caballo negro con soles en las ancas,
y en cuyo ojo vivo habita una centella.
Hay un caballo, el mío, y oigo una voz que dice:
“Es el potro más bello en tierras de tu padre”.

En el umbral gastado persiste un viento fiel,
repetiendo una sílaba que brilla por instantes.
Una hoja fina aún lleva su delgada frescura
fluctuando, de un extremo a otro extremo del año.
“Torna, torna a esta tierra donde es dulce la vida”.

V

He escrito un viento, un soplo vivo
del viento entre fragancias, entre hiervas
mágicas. He narrado
el viento, sólo un poco de viento.

Noche, sombra hasta el fin. Entre las secas
ramas, entre follajes, nidos rotos —entre años—
rebrillaban las lunas de cáscara de huevo,
las grandes lunas llenas, de silencio y de espanto.

INTERLUDIO

Desde el lecho, por la mañana, soñando despierto,
a través de las horas del día, oro o niebla,
errante por la ciudad o ante la mesa de trabajo,
a dónde mis pensamientos en reverente curva?

Oyéndote desde lejos, aún de extremo a extremo,
oyéndote como una lluvia invisible, un rocío.
Viéndote con tus últimas palabras, alta,
siempre al fondo de mis actos, de mis caras cordiales,
de mis gestos, mis silencios, mis palabras y pausas.

A través de las horas del día, de la noche.
—La noche avara pagando el día moneda a moneda—
En los días que uno tras uno son la vida ¡la vida!
con tus palabras, alta, tus palabras, llenas de rocío,

¡Oh tú! que recoges en tu mano la pradera de mariposas.
Desde el lecho por la mañana, a través de las horas,
melodía casi una luz que nunca es súbita,
con tu ademán gentil, con tu gracia amorosa,
¡oh tú que recoges en tu hombros un cielo de palomas.

CANTO A LOS CONSTRUCTORES DE CAMINOS

Canto a los hombres orgullosos
de llamarse constructores de caminos.
Canto a sus cuerpos casi minerales,
formados por terrones y por bloques.
Los canto en el alba, con las azadas al hombro,
porque ellos son el verdadero ejército.

Yo os canto selva humana que avanza,
postes y pilotes, generación de robles,
que nadie se atreva a podar.
Os canto a vosotros que habéis roto
el craneo de Adán, creyéndolo una roca.

Os canto librando la batalla contra la tierra oscura,
que a todos os devora con ansia,
prolongando, no obstante, el plazo a los más fuertes.

Yo os canto, hombres de rudo torax y ojos limpios
como el cielo de América.
Yo os envío mi grito como la vieja águila rampante.
Cuando alzáis vuestras armas, ya enronquecida la voz del sol,

EL CANTOR

Yo soy el cantor,
el hombre que canta a los cuatro vientos,
un hombre de corazón
diciendo tornátiles palabras,
a la sombra de la noche mirífica,
a la sombra de sus párpados lentos.

Yo soy el cantor.
Cantaré toda cosa bella que haya en tierras de hombres,
Cantaré toda cosa loable bajo el cielo.
Cantor, cantador,
de ritmos
prestidigitador.

Si una hoja se mueve en los bosques,
yo lo sabré.
Sólo yo, el cantador.
Sólo yo he de recogerla.
Haré de élla un ave, o lo que quiera,
haré de élla un pajarillo
y lo pondré en mi canción como en un valle.

Porque yo soy el cantor y canto toda cosa.
Canto la luz.
Y canto la sombra y el amor.
Pero la boca de las mujeres la cantaré mil veces.

Entre mi bosque de palabras ligeras,
con mi corazón atado a un cielo de rosas,
yo canto todas las canciones que sean buenas,
todas las canciones entre los días, al viento.
Canciones desnudas para doncellas divinas,
con sedas, no de linos, aún más inconsútiles.
Guirnalda de palabras, sarta de sílabas...

Y canto los días,
como a vientos de oro los canto,
como a vientos que elevan su polvareda
hasta el cielo de tumbo azul, fulgente.
Yo canto las noches.
Con sílabas os haré claros de bosque.
O de esos cielos gastados, mariposas vivaces.

Canté una vez una mujer,
antaño, en un antaño ignoto la canté.
Y en su ciudad aún es linda,
aún es joven la linda mujer, por gracia
de mi canción.

Porque yo canto toda cosa loable bajo el cielo.
Yo el cantor, el cantador,
de ritmos
prestidigitador.